

# La espada de Damocles

“Que todo cambie para que todo siga igual”, dijo Vicky en voz bajita. Así ha sucedido durante los 25 años de la Secretaría. Siguen las renunciaciones. Todos están en trance por la posibilidad de perder la chamba. **TEXTO: CARLOS GARCÍA DE ALBA ZEPEDA**

El ambiente es muy denso, irrespirable y para colmo ihace un ...che frío! Un silencio más intenso que la onda gélida se cuele por pasillos, oficinas y salas de espera que en otras épocas son palco de la efervescencia y bullicio de cualquier Secretaría de Estado digna de respeto; pero esta vez el invierno ha traído más que bufandas tejidas a mano y suéteres de Chiconcuac; este año viene acompañado de harta incertidumbre, de esa que pone los nervios de punta.

“iSerá la temporada, pero yo todo el día tengo un frío que me cala hasta el tuétano! Como que el sol ni sale, ¿verdad? Este edificio será muy inteligente y todo, pero tampoco calienta nada”, alega Deyanira, mientras se quita los guantes de estambre rojo con peluchito blanco en los bordes, rematados con el glorioso escudo de las chivas. “Por eso me pasé por mi atole calentito y una torta de tamal. iHabía una cola *rete* larga! Si no fuera porque soy desayunadora frecuente, ahí me quedo una media hora o más”.

“iQué bueno que no ha llegado el Licenciado, ya estaba yo angustiada de que me fuera a ganar, aunque nunca me dice nada, pero siempre le da pena a una que él llegue antes, ¿no?”. En respuesta y por merita cortesía, Ludovica separa ligeramente las comisuras de los labios para devolverle lo más parecido a una sonrisa, condescendiente.

Esta vez el retraso del Licenciado no tiene que ver con la dejada de los chamacos ni con la prolongación del desayuno de su generación de abogados. Ni la pastorela escolar, ni la sonada manifestación que muchas veces ha sido el pretexto de sus frecuentes retardos. Ahora se trata de algo mucho más serio para los destinos de toda una oficina de Gobierno. En esta ocasión el Licenciado Capetillo ha tenido que presentarse, renuncia irrevocable en mano, en la Subse para conocer a sus nuevos jefes y muy probablemente a su reemplazo.

“iQué suerte que no ha llegado!”, suspira Deyanira. “Es que Moncho *ora* no me pudo traer porque tenía que hacer una dejada ia las 5:30 de la mañana en la Central de Abastos! ¿Te puedes imaginar? iTan peligroso y lleno de nacos que está por ahí! Yo ya le dije que mejor deje ese taxi y se ponga a buscar una chamba decente”.

“iAy, Vicky —que así le dice de cariño toda la bola a Ludovica; las que pasa una en el metro con tanto pelafustán aprovechado—. ¿Pero cómo está Usted? iLa veo muy rara!”

“Ay, niña, ¿pues cómo quieres que esté, con tanto relajo? iY lo que nos falta! iYa le pidieron la renuncia al Licenciado, y es un hecho que se van la Lupe y el Contador Saldívar, que tan buena gente son!”.

## La incertidumbre

Hasta entonces Deyanira se da cuenta de que esa calma chicha no es por el frío, ni por las posadas, sino por el cambio de gobierno.

“iVálgame Dios!”, exclama mientras se lleva las manos a las sienes. “¿Por qué no me dijeron nada?”.

“¿Pues cómo te vamos a avisar *creatura?*”, replica Vicky con voz muy tenue: “iEntre tus vacaciones, tus incapacidades, los días económicos y la licencia que te aventaste, hace más de un mes que no venías! iAdemás, ¿para qué te avisábamos?!”. Deyanira se percata de la ausencia de Saldívar, el Contador charrarito de pelo relamido con glostora que de tan gris se confundía con su silla y con ese escritorio metálico que hoy, sin las pilas de legajos y expedientes, luce viejo, desgastado, sucio y efectivamente vacío. Apenas un calendario, de la cantina La Giralda, por cierto a punto de expirar, y la infaltable calculadora mecánica quedan como constancia del pluridecenal paso de Saldívar.

“i¿Y qué va a pasar ahora, Vicky?!”.

“Lo de siempre, niña. Como siempre, vendrán los nuevos con ideas dizque de mucha innovación pero que no sirven de nada, y al rato ni quien se acuerde del Licenciado, de Saldívar o de la Lupe”.

“Pos yo hasta la llegué a apreciar”, susurra Deyanira. “La Lupe era bien canija y con todo mundo se peleaba, pero conmigo siempre se portó bien buena onda. ¿Se acuerda de que me acusaron de que había descompuesto la copiadora? Pues ella hasta se echó la culpa de haberle tirado encima el café. Y como a ella ni quien se atreviera a decirle nada...”.

Un hombre joven, impecablemente vestido, con corbata de nudo ancho y de porte yupi, sale en un par de zancadas del que fue el cubículo de la Lupe e interrumpe la conversación en tono mandón. “¿Le encargo mi llamada?”, y sin más se dirige hacia los elevadores al tiempo que consulta, pavoneándose, su BlackBerry. Con ojos y cejas, Vicky señala al individuo: “Ese es uno de los nuevos, él y otros dos han andado por aquí muy misteriosos desde hace un par de semanas, apenas saludan, ordenan café del Starbucks porque el de olla no les gusta; piden expedientes, pero eso sí, siempre a puerta cerrada, y después de su reunión con el Licenciado y Saldívar han estado llamando a la gente”.

“Primero pasó Cleo y salió muy sonriente”, refunfuña Ludovica. “iYa sabes cómo es de barbera!, nomás los ve y se deshace en atenciones. Luego le tocó a la Lupe y ésa sí a la salida mejor jaló para su casa!”. “¿Nos van a correr a todos?”, implora la joven Deyanira. “No sé, no creo; afortunadamente yo ya me voy, porque se ve que son *rete* especialitos, ¿eh? Yo en un par de meses empiezo con mi jubilación”. “¿Y si nos corren?”, insiste Deyanira. “iApenas estamos juntando para las placas del Moncho!”.

En eso suena el teléfono y Vicky se apresura a contestar. “Dirección General... ah, sí Tomás, yo les aviso”. “Era Tomás, que viene para acá el Licenciado y que quiere reunirse con todo el personal”. “iSanto Dios!”, reza Deyanira.



ILUSTRACIÓN: EDMUNDO CRUZ

La Secretaría completa está en trance, la mortificación crece y mantiene a todos en sus puestos, pero es el silencio el que revela el miedo. La posibilidad de perder la chamba obliga a todos a hacer apresurados cálculos mentales tratando de estirar el aguinaldo, de organizar la tanda o de visitar el Monte de Piedad. Vienen los 15 años de la ahijada, el añorado cambio de nave o el prometido viaje al pueblo.

Ni público, o sea usuarios, ni visitantes, bueno, ni los acostumbados aboneros que en estas fechas hacen “su agosto” rasurando aguinaldos han venido a romper la expectativa. En la oficina del Licenciado Capetillo se instalan cinco o seis trajeados que, por lo que dejan ver las persianas, la han tomado por asalto, abren cajones, hacen llamadas, manotean sobre el escritorio y ponen los zapatotes sobre los sillones. “Hasta se están riendo”, maldice Deyanira con indignación.

“iDos horas y todavía no salen! ¿Pues qué tanto hacen?”, alega Deyanira. Los nuevos rodean al Licenciado y al “pobre de Saldívar”. Como hienas sobre la presa, hacen valer su superioridad numérica sobre el cansancio y la magnanimidad de los caídos. Finalmente, antes de la comida, el Licenciado llama por el altavoz: “Vicky, que no se vayan los muchachos”.

## El besamanos

En la presentación algunos se enteraron de que habían llegado sus reemplazos. “Y a partir de ahora el Ingeniero Ruvalcaba, recién egresado nada menos que del Tec y con muy buenas ideas, se hará cargo del departamento de informática”, indicaba

un panzón desconocido que hasta ese momento todos creían sería el nuevo DG. Vinieron las palabras del Licenciado: “Quiero agradecer a todos... y les pido que sigan trabajando...”. Traicionada por sus angustias, Deyanira no pudo más y dio rienda suelta a una sesión de llanto que emularon otras compañeras, avezadas plañideras, profesionales en el arte de soltar la lágrima furtiva a la menor provocación, pero “*just in case*”.

Arreciaban los discursos de alabanza hacia el Licenciado y su labor como paladín de la administración pública cuando el timbón desconocido, que ahora sabemos se hará cargo de la coordinación administrativa, hizo un abrupto corte para presentar a la nueva Directora General, a la Licenciada Olivares, joven tecnócrata con cara de amargada que cumpliendo con el besamanos tradicional de cada cambio de gobierno, anunció grandes planes, cambios y transformaciones.

“Que todo cambie para que todo siga igual”, dijo entonces Vicky en voz tan bajita para que oyera sólo Deyanira, pero lo suficientemente alta para que toda la concurrencia, menos la Licenciada Olivares y el nuevo equipo, lanzaran tremenda carcajada.

Continuaban las presentaciones, mientras Capetillo se enfiló a la que fuera su oficina para recoger sus pertenencias. Para entonces los nuevos ya habían apilado todas sus cosas en un sillón. Sólo hace falta descolgar aquella foto con el Subse que les tomaron hace ya casi seis años en una Rosca de Reyes, otra con el parador en corto de Los Diablos, el diploma en mejora continua. Lo demás ya no valía la pena, era urgente salir de ahí.

Apenas un puñado de sus colaboradores lo ayudaron acompañándolo hasta la escalera. “¿Le pido un taxi, Licenciado?”. “No se apure Marthita, ya Tomás se adelantó”. El resto de sus ahora excolaboradores se sentía más obligado a buscar a los flamantes nuevos servidores públicos; algunos lanzaron ofertas incondicionales e institucionales: “Cuenta conmigo, Licenciada”, mientras que otros aprovecharon para elevar su catálogo de peticiones: “Bienvenida, yo sé que Usted sí me va a ayudar a cambiar de oficina, Licenciada. iYa la verá, es un cuchitril!”, lloraba el Actuario Bonilla.

Vicky sabe que este es sólo el principio. Así ha sucedido durante los 25 años que tiene en la Secretaría. Siguen las renunciaciones por “motivos de salud”, o “por así convenir a sus intereses”. iiOtra vez lo mismo!

**CARLOS GARCÍA DE ALBA Z.**

**Director general de Relaciones Internacionales de la Secretaría de Educación Pública.**

**E-mail: caregalbaz@yahoo.com.**